

**PÚBLICO – 13/6/2011**

*Una escultora rescatada del olvido*

**Por Ana María Moix**

Marga Gil Roësset, ¿tiene algún lector conocimiento de este nombre? Seguramente no, o muy pocos, o algunos contados adictos a la figura y la poesía de Juan Ramón Jiménez. De hecho, tuve un conocimiento fugaz de este nombre en los años ochenta, en una visita a la Casa Museo de Juan Ramón, en Moguer, y lo olvidé de inmediato, aunque quedó en mi memoria una breve historia de la persona que en vida así se llamó: Marga Gil Roësset. Por aquellos años, visité la Casa Museo del ilustre Premio Nobel, invitada por su entonces director, el poeta y novelista Juan Cobos Wilkins, que fue un cicerone de lujo. En el recorrido por los espacios de la casa, nos detuvimos en una sala que albergaba mesas y aparadores con objetos que pertenecieron a sus antiguos dueños, y, en un rincón, un cuadro oculto por un enorme ramo de flores. Al apartar Cobos Wilkins el aparatoso ramo de flores, apareció la imagen plasmada en el cuadro, un dibujo de una joven de espectacular belleza: “Marga Gil Roësset, ¿sabes quién es?” Y, ante mi ignorancia, me contó que se trataba de una escultora que, perdidamente enamorada de Juan Ramón, se suicidó a los 24 años, con gran consternación de su familia y la del poeta. El ya entrado en años conserje de la Casa Museo -siguió explicándome-, mi amigo y guía, que fue quien se encargó de guardar el inmueble abandonado durante años y durante toda la época de reconstrucción, acudiendo a diario a lo que sería el futuro museo para orear lo que entonces eran sólo ruinas, era quien, celoso de la reputación de sus “dueños” (Juan Ramón y Zenobia), colocaba a diario el enorme ramo de flores delante del dibujo de la joven suicida para que el visitante no la viera, como si aquella muerte voluntaria por amor hacia un hombre casado fuera una lacra para la memoria del poeta y de su esposa. En vano fue explicarle que el amor de la desdichada escultora fue meramente platónico y que Juan Ramón guardó un comportamiento intachable respecto a ella. Cada día, el conserje, antes de abrir el museo, ocultaba el dibujo de la joven difunta. Cobos Wilkins, también cada día, apartaba el jarrón de flores para que el visitante pudiera ver el dibujo; al cabo de un rato, el conserje volvía a ocultar el rostro de la fallecida con las flores. Así, durante años.

La verdad es que olvidé esta historia hasta hace poco, cuando leí la novela titulada “Amarga luz”(El Funambulista), de Marga Clark, magnífica fotografía

y poeta, sobrina carnal de la escultora Marga Gil, que se mató disparándose un tiro en Madrid, en 1932, a los 24 años, cuando su nombre descollaba ya en el mundillo artístico de la época, como el de una artista precoz, desbordante de talento, que empezaba a brillar en el ámbito de la escultura y del dibujo con exposiciones que le valieron críticas más que elogiosas. Pero, aunque reconocida ya en vida, el silencio se abatió sobre su nombre y su obra a raíz de su suicidio. Nunca más se habló de Marga Gil. Ni en público ni, al parecer y según leemos en la novela de su sobrina, en privado, ya que la familia se negaba a hacerlo según nos cuenta Marga Clark en su novela, cuyo propósito es devolver a la vida la figura y la obra de la malograda artista. Una artista cuya tragedia y destino nos recuerda inevitablemente a Camille Claudel (1864-1947), la escultora amante y colaboradora de Auguste Rodin. La depresión y, al parecer, el alcoholismo en los que la sumió sus dramáticos amoríos con el escultor, casado, no cuadraban con la moralidad de su célebre hermano, el escritor Paul Claudel, que no dudó en encerrarla en un manicomio, en el que la desdichada pasó los últimos treinta años de su vida, olvidada de familiares y amigos, ni en borrar su nombre y su obra de la historia del arte que no la recuperó hasta los años 80 del pasado siglo, a raíz de la publicación de la biografía que sobre ella escribió Anne Delbée y la versión cinematográfica que de su vida realizó Bruno Nuytten, interpretada por Isabelle Adjani y Gerard Depardieu. Transcurrieron 70 años desde el internamiento de la artista hasta su redescubrimiento a través de exposiciones en las que el público (y los historiadores del arte) tuvieron ocasión de admirar sus esculturas, muchas de las cuales se habían atribuido a Rodin.

¿Habrá muchas Camilles Claudel, muchas Margas Gil, enterradas en el olvido debido a comportamientos “indignos” como el suicidio o debacles sentimentales capaces de arrastrar a la depresión? La historia de la literatura y del arte abunda en figuras de gran talento que pusieron fin a su vida o la destruyeron a base de desaforado consumo de alcohol o de drogas. Si fueron hombres, han llegado hasta nosotros adornados por la aureola de genios. Si fueron mujeres, no tenemos noticia de su existencia ni de su obra, o, en el mejor de los casos, tenemos que esperar a que alguien, como ahora ha hecho Marga Clark con su novela, las resucite ochenta años después de su muerte.

Ana María Moix